

# Que la verdad cueste

En el centenario del nacimiento de Eduardo Nicol (1907–1990)

Juan Manuel Silva Camarena

Nunca estará de más hacer honor a la fidelidad. La importancia indiscutible de la presencia de Eduardo Nicol en el mundo de la filosofía hispánica radica en el hecho de que en todo momento supo ser fiel a la vocación filosófica. Independientemente del valor de sus ideas, notamos el rasgo esencial: decidió libremente ponerse al servicio de la obra de la filosofía, y se negó persistente, obstinadamente a poner la obra filosófica a su servicio. Por eso pudo contribuir decisivamente a la inauguración de un camino distinto al de la filosofía a la española, la de la supremacía del “yo”, y jamás se cansó de procurar que los demás adoptaran la determinación de hacer filosofía sistemática —como lo que se hace en cualquier país cuya tradición filosófica sea digna de tomarse en cuenta—, en lugar de ofrecer ideas sueltas en ensayos, estimuladas casi siempre por algún hecho aislado. No creía que estuviera mal escribir ensayos, sino que estaba *muy mal* que algunos autores, como Unamuno y Ortega —a quienes la mayoría consideraba en el primer cuarto del siglo XX como modelos—, insistieran en que el pensamiento hispanoamericano tenía que expresarse siempre ensayísticamente, sin poder ascender al nivel de la filosofía de carácter universal. Para Nicol el *ethos* vocacional permite superar el problema de la filosofía de lengua española, que es el de su tipismo, pues obliga a poner mayor atención en la cosa pensada que en el autor que la piensa. Su voz fue como un grito de muerte contra el personalismo: si por fin se pudiera excluir la persona que opina —y los cultos que para satisfacción suya suelen acompañarla—, examinando en cambio, con todo rigor, la opinión misma, podríamos estar del otro lado, donde ya no cuenta el yo y sus arbitrariedades y donde la crítica castiga la improvisación y la espontaneidad, el lucimiento y las ganas de sobresalir a como dé lugar. Por supuesto que la filosofía de valor universal que promovía Nicol no era —una insustancial— globalización de las ideas ni una negación de lo propio, y menos aún una promoción de la uniformidad del pensamiento, sino una legítima defensa de la posibilidad de la verdad y la complementaria abolición de cualquier conato de particularismo de la verdad, convencido él, como cualquier filósofo auténtico, que “mi verdad” —sea de quien fuere— nunca es verdadera sino hasta que es *nuestra*.

En 1986 la Universidad Nacional Autónoma de México otorgó a Eduardo Nicol el Premio Universidad Nacional en reconocimiento a su destacada actividad como docente e investigador y produjo un video a partir de un guión de Diana Goycolea (“Eduardo Nicol, Premio Universidad Nacional”), que se transmitió en la televisión

nacional el 26 y el 27 de junio. Quién sabe cuál era la imagen que de este pensador se tenía en los ambientes académicos de las otras facultades de la misma casa de estudios; y quién sabe cómo se lo imaginaba el gran público, por ejemplo, el que había leído sus artículos de periódico, entre 1947 y 1948, o el que se había enterado de su existencia porque algún diario de la capital había publicado una entrevista a este profesor de filosofía que era español de nacimiento, pero hablaba como mexicano —con tonos y frases nuestras—, conocía bien a México y lo amaba incondicionalmente.

Gracias a ese video en la televisión se pudo ver al escritor nacido en Barcelona el 18 de diciembre de 1907; el mismo que había obtenido su carta de naturalización en México el 15 de octubre de 1940. (No debíamos decir nunca, de nadie, que está “nacionalizado”, pues es absurdo suponer que un ser humano puede pasar de unas manos a otras, como el petróleo y otras cosas de la misma naturaleza natural). El televidente pudo ver y oír a Nicol en diferentes escenarios. Rodeado de sus discípulos en el Seminario de Metafísica, que fundó en 1946 en la Facultad de Filosofía y Letras, a la que perteneció durante cincuenta años (1940–1990) como profesor emérito. Retratado en las palabras de algunos de sus discípulos, que fueron entrevistados con motivo de esa ocasión. En su propia casa, sentado frente a su escritorio, en uno de los extremos de una biblioteca selecta, de textos valiosos y volúmenes autografiados, entre los que puede hallarse, encuadernados en piel y dorado fino, los libros que él escribió. Ahí trabajaba disciplinadamente todos los días, en un horario estricto, cuya rutina sólo podía alterarse cuando en ese mismo sitio recibía a algún alumno que había solicitado su atención —para preguntarle cosas de filosofía o para pedirle orientación o consejo. Llueva o truene. El trabajo es sagrado. “¡Las musas en el despacho a las nueve en punto!” Con la misma responsabilidad y puntualidad con la que acudía a las clases y las sesiones de seminario. Finalmente la filmación permite verlo en la sala de su casa, junto a su esposa, doña Alicia Nicol, la dama distinguida que siempre estuvo amorosamente a su lado y hasta la fecha lo sigue acompañando.

Nobleza obliga: México reconoció su trabajo y su vocación, en una distinción merecida. Eduardo Nicol era un hombre agradecido. Su agradecimiento a México era infinito. No es necesario hablar aquí ni en otra parte de los premios que pudo haber recibido y no obtuvo. El tamaño del premio de la UNAM, importante en sí mismo, se agrandaba por el hecho de que se había otorgado a un profesor que no buscaba premios, reconocimientos ni situaciones ventajosas. Lo que hacía cotidianamente, con devoción vocacional, *pensar y enseñar a pensar* —para decirlo con una expresión suya—, nunca lo hizo para ganar otra cosa que no fuera la posibilidad de encontrar una verdad o la oportunidad de promover algo para el bien común. Y eso, sin duda, podía y debía ser objeto de reconocimiento. Creemos que él lo sabía, y pudo admitirlo honestamente, porque le repugnaba la inmoralidad de la modestia (la que consiste en calculadamente achicarse para que el aplauso sea mayor).

Pero Nicol sabía dar las gracias, como nos las dio en esa ocasión en la que unos alumnos suyos organizamos (en la Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán de la UNAM, en noviembre de 1977) un ciclo de conferencias en torno a su pensamiento para festejar su septuagésimo aniversario. Este evento académico concluyó con un discurso suyo sobre el magisterio de la interrogación que, como solía suceder con sus conferencias, arrancaba muchos aplausos de quienes

emocionados le habían escuchado. Muchísimos jóvenes le aplaudieron después de que pronunció la frase final, misma que era explosiva al exponerse —como flama arrimada a pólvora— al entusiasmado espíritu de acción de los estudiantes: “... porque no se trata —dijo—, de ver *qué pasa*, sino de *hacer que pase* lo que deseamos”. En el mes de diciembre del mismo año, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM le ofreció un reconocimiento por su cumpleaños, con la participación del director, Ricardo Guerra, y los profesores Ramón Xirau y Juliana González. Nicol, con setenta años de vida había entrado así, al final de los setentas, al período de los homenajes, que sin duda ha de ser muy grato y al mismo tiempo un poco cruel pues va avisando, como quien no hace la cosa, que el fin se acerca.

En junio de 1987, aunque lo agradeció personalmente, no pudo estar presente en un seminario de verano que realizamos en la Universidad Iberoamericana para festejar sus ochenta años: “Eduardo Nicol, vida y obra”. Pero con sobrado talento pudo dar muestra de gratitud en la inauguración del “Simposio Eduardo Nicol” que los miembros del Seminario de Metafísica organizamos en la Facultad de Filosofía y Letras para la celebración de su octogésimo aniversario. En ese discurso, el 27 de enero de 1988, con gracia recordó Nicol lo que ya había dicho diez años atrás: que envejecer no era un asunto que implicara méritos. “Sólo hay que esperar: la cosa se hace sola”. Sin embargo, sabía bien —también lo sabíamos nosotros— que no celebrábamos su vejez, sino que la admirábamos, y que aprovechábamos su cumpleaños para *agradecerle* su fortaleza vocacional —que tan ejemplarmente nos había beneficiado—, su sapiencia y su ciencia. En todo caso, nos dirigió en respuesta unas palabras afectuosas, aludió a su permanente insatisfacción respecto los logros de su propio trabajo, y antes de darle la palabra a Lope de Vega dizque para que lo dijera “con más gracia y autoridad” que él, terminó dándole vuelta a nuestro agradecimiento: “Declaro entonces que el don gracioso es gracia de quien lo otorga”. Y Lope de Vega estuvo de acuerdo: “De los buenos es honrar, /que no es posible que den / honra quienes no la tienen.”

Es de creerse, naturalmente, que las gracias más conmovedoras las ofreció Nicol en tres ocasiones que para él fueron decisivas: cuando en 1984 recibió el Doctorado *honoris causa* por la Universidad Autónoma de Barcelona, cuando el Rey de España le otorgó la medalla Alfonso X el Sabio en 1988 y cuando habló en nombre de los profesores eméritos del exilio español que recibieron con gratitud el homenaje que la UNAM les ofreció en 1989.

México distinguió de nuevo a Nicol cuando nuestra máxima casa de estudios ofreció un acto de agradecimiento a los maestros del exilio español, ocasión en la que él cumplió, con honor, la tarea sobresaliente de *agradecer el agradecimiento* (en el Anfiteatro Simón Bolívar, el 29 de septiembre de 1989). Ahí nos comunicó claramente, con el tono preciso y la emoción viva, conmoviendo profundamente a todos los que le escuchamos, que ellos, los emigrados, eran los que tenían que dar las gracias, porque además de casa y sustento —así lo entendimos— los mexicanos les habíamos permitido ser mexicanos: “Porque eso de ser mexicano es hoy en día, en América, una manera noble de ser. Con ello cambió nuestro ser. No cuenta ahora aquí lo que pudimos hacer o ser antes, allá. Nosotros nacimos en 1939. Cuenta ahora lo que ha sucedido después de aquél nacimiento, que nos alejaba de la madre, con una tristeza que no tendría fin ni consuelo”.

Sin embargo, el renacimiento no podía haber olvidado lo que ya había nacido y el lugar de nacimiento. El 26 de enero de 1984 la Universidad de Barcelona, en

Bellaterra, concedió a Eduardo Nicol y a Ramón Xirau un Doctorado *honoris causa*. En la ceremonia de investidura realizada en la Sala de Actos de la Rectoría, el profesor Octavio Fullat llevó a cabo la presentación de Eduardo Nicol por medio de un discurso que al final le agradecía su trabajo filosófico de tantos años, en especial le daba las gracias por haberles permitido explorar su alma colectiva, y le aseguraba que el título que en esa ocasión le ofrecía la Universidad de Barcelona no solamente le honraba a él, si lo aceptaba, sino también a ellos, en el hecho mismo de aceptarlo. Nicol dijo —y esto pudo haber sido algo inesperado para el público— que la comunidad tiene la obligación de premiar a los que han servido bien, y que el servidor tiene la obligación de agradecerlo, sin falsas modestias (esas que siempre causan aversión al pensador, cuando menos, al filósofo Nicol). Su perspicacia habitual alcanzaba para esto y otras cosas: al dar las gracias en Bellaterra entrelazó lo grato de ese acto en que los presentes se *con—gracia—ron*, por un lado, con el don gracioso de la filosofía (el que desde Platón dirige al hombre hacia su propia interioridad), y por otro, con la situación de des—gracia de la metafísica en nuestros días, que tiene que ver con hombres que voluntariamente se hacen des—graciados al negar los dones del pasado.

Entre los reconocimientos de la UNAM y el de la Universidad de Barcelona, el Rey de España Juan Carlos I impuso a Nicol las insignias de la Orden de Alfonso X El Sabio, el 20 de julio de 1988. En esa ocasión dijo Nicol que el rey puso su atención, y así llama la “atención nacional” —de España, se entiende—, en un pensador *que siguió filosofando*, sin desfallecer, y que acepta el honor, *que no ha buscado*, porque para él significa el reconocimiento de una vida dedicada *al servicio de la verdad*. Se le honra por su amor a la filosofía, en aquel momento y ahora que nosotros lo recordamos en una rememoración respetuosa en el centenario de su nacimiento. Pero si se reconoce su amor a la filosofía, y la fidelidad que daba vida a ese amor, tienen que reconocerse igualmente otras cosas. El rey, dice Nicol, en un acto de magnificencia, se fija en un pensador que no tiene poder alguno, excepto el del amor. La filosofía es obra de amor, pero éste cuesta: “Un amor que implica defensa, devoción y servicio irrestricto a la libertad, contra todas las adversidades, persecuciones y discriminaciones. Consta ahora que no he desfallecido. Seguí filosofando”.

El lenguaje de Nicol no puede ser acusado de mera retórica. Viene al caso notar que la explicación “un amor que implica defensa, devoción y servicio irrestricto a la libertad”, trae un añadido que en modo alguno es superfluo. El añadido dice: “contra todas las adversidades, persecuciones y discriminaciones”. Podemos plantearlo de este modo. ¿A cuento de qué vino aquello de que la filosofía es servicio a la verdad, y que su amor implica esto y lo otro? Se trata, efectivamente, de una explicación y un añadido. En la primera se afirma que el amor a la filosofía implica “defensa, devoción y servicio irrestricto a la libertad”; y en el segundo se sostiene que el servicio a la libertad se realiza “contra todas las adversidades, persecuciones y discriminaciones”. Pero el sentido común no asocia fácilmente la verdad con la libertad, a pesar de ser tan antigua la idea de que la verdad nos hace libres. Después de que Hedeigger definió la libertad como esencia de la verdad (1943) Nicol tuvo cuidado de precisar que la vía de esa libertad es la expresión (1957). Para Nicol, sencillamente, el régimen de la verdad hace posible el de la libertad. Sin el régimen de la libertad no hay hombre, y no hay libertad sin la acción libre del pensamiento filosófico. De ahí la gravedad, para Nicol, de atentar contra la vocación

filosófica. “Sigo creyendo que es imposible cambiar el principio vocacional de la filosofía sin que ésta se convierta en otra cosa”, dijo en la conferencia inaugural del IV Congreso Nacional de Filosofía (1987), tres años antes de morir. Si se convierte en otra cosa, el peligro del hombre es inevitable. La vocación libre de pensar es “la necesidad de una perseverancia”, la filosofía es “un deber moral”.

Pero ahora no pensamos en el hombre en general, en abstracto, sino en este ser humano de carne y hueso que fue Eduardo Nicol. ¿Qué significado podemos dar al añadido que comentamos? ¿Acaso el añadido daría a entender lo mismo si introdujéramos en él una pequeña modificación, sustituyendo la expresión “contra todas” por la frase “a pesar de todas”? En este punto puede calarse en el hecho de que el añadido depende del filósofo de que estemos hablando. Y de este modo el yo aparece en las consideraciones. Es necesario que Nicol hable de sí mismo para que podamos entender lo que quiere decir cuando señala que siguió filosofando, sin desfallecer, a pesar de todas “las adversidades, persecuciones y discriminaciones”.

Según Platón los ojos son el espejo del alma. Sirven para que los demás vean quién somos. Los cerramos al morir —o alguien solidariamente nos los cierra, como para que ya nadie pueda vernos. Quizá lo hacemos porque en esas condiciones ya nada hay que ver o ya no importa nada lo que pudiéramos mirar. Sea como fuere, cuando nacemos abrimos los ojos, y mientras dura la vida les damos rienda suelta para que vean todo lo que pasa, sobre todo, *lo que nos sucede*. Para entender la vida del hombre Nicol podríamos aplicar sus propias ideas. Entonces podríamos averiguar *cómo vivió su vida*, descubriendo las medidas en las que el azar, el destino y el carácter configuraron *lo que le pasó en la vida*. Tendríamos que descubrir lo que le sucedió y lo que hizo frente a lo que le pasó, y así veríamos pasar ante nuestra mirada “adversidades, persecuciones y discriminaciones” de su peculiar existencia. Sin embargo, por amor a la filosofía, un día decidió hablar de sí mismo no más que lo necesario.

Nicol no hablaba de sí mismo porque fiel a su idea de la filosofía quería que lo que de él escucharan los demás fueran sus propuestas filosóficas. Y nada más. No era una delicadeza, un recato personal o un rasgo de carácter. Si se quiere, era todo eso y algo más: un deber moral de la vocación filosófica: “...la falsedad, la componenda, la claudicación, el artificio, quedan excluidos en cuanto el hombre adopta la actitud filosófica. Esta sinceridad no es meritoria, porque es forzosa. ¿Cómo podríamos mentir, cuando nos afanamos por expresar justamente lo que pensamos? Pero estando ya nuestro ser patente por entero en la expresión, la cualidad moral que ha de exigirse del pensador no es la sinceridad, sino la competencia. Por el hecho de hablar entramos en relación vital con los demás, y contraemos con ellos una responsabilidad de la que sólo nos libramos trabajando como buenos operarios, por el decoro de la obra bien hecha. Por esto es peligroso introducir dramáticamente la persona del autor en la obra producida” (*La vocación humana*, 1953).

Si lo entendemos bien, Nicol razonaba más o menos de este modo: En España los pensadores han permanecido alejados de la filosofía científica (sistemática, con valor de universalidad) por la supremacía que, justificada o injustificadamente, le han otorgado al yo. Como si fuera el efecto de una maldición que en el caso de Hispanoamérica configurara de un modo especial la filosofía, la personalidad del filósofo y su modo de expresión. Se trata entonces de saber si es posible

conjurar semejante determinación. En los términos más simples en que puede plantearse el asunto diríase lo siguiente: la España de la literatura, la que gustaba tanto a Miguel de Unamuno, tenía que convertirse en la España de la filosofía que ambiguamente comenzó a formarse en Ortega y Gasset. En esto ya no jugaba ningún papel importante ni el pensador catalán Balmes, el que intentó renovar la escolástica y la filosofía cristiana del siglo XIX, ni el krausismo y todo lo que había quedado atrás con el siglo después del ensimismamiento de la generación del 98, la que tuvo a bien averiguar lo que significaba *ser español* después de haber perdido las últimas posesiones del imperio español (Ya no somos los que parecían tenerlo todo, ¿quiénes somos?).

En la primera parte del siglo XX Don Miguel no quiere ni ciencia ni filosofía, y en la literatura da rienda suelta a su yo y a sus arbitrariedades. Luego viene lo que Nicol llamó la etapa orteguiana, la del ensayo de Ortega y sus discípulos (género de comunicación situado a medio camino entre la literatura y la ciencia), que representó un período intermedio, en el que España quiere las dos cosas juntas, haciendo una mezcla de ambas, y finalmente optando por la “plaza intelectual”, y por tanto, renunciando al tratamiento sistemático, académico, de los asuntos. Para Nicol, lo que quedaba por hacer, obligadamente, era alcanzar *la mayoría de edad* en la filosofía, lo cual se consigue *cuando se es capaz de poner el yo al servicio de las ideas y las letras, y no al revés*. En otras palabras: cuando el filósofo, como en todas partes, se pone al servicio de la filosofía, de buena gana y contento, orgulloso de cumplir con una obligación vocacional.

Unamuno opinaba que no había que darle vueltas al asunto, que el don de España es literario, “y todo aquí, incluso la filosofía, se convierte en literatura”. Si Alemania les dio a Kant, ellos le dieron a Cervantes. Nicol, en cambio, sostuvo algo muy sencillo: que los escritores hagan literatura, y que los filósofos hagan filosofía; que a los de fuera de nuestra comunidad cultural hispánica se les ofrezca, y también a los de dentro, literatura —bien pensada—, si quieren literatura; y filosofía —bien escrita—, si desean filosofía; que ni afuera ni adentro se valga dar gato por liebre. Así renuncia Nicol a seguir creyendo, como Unamuno, que la única metafísica española es la mística (“metafísica imaginativa y sentimental”), o como Ortega, que la única manera de hacer filosofía consista en hablar de uno mismo y sus circunstancias. Lo que propuso fue trabajar con rigor, haciendo filosofía sistemática o científica, de verdades objetivas y universales, respetando, por supuesto, la necesidad de que las circunstancias y las expresiones subjetivas tengan su propio espacio público y privado.

Nicol publicó un ensayo con información autobiográfica en 1972, cuando se publicó en México la *Filosofía de las formas simbólicas* de Cassirer. En él se refirió a éste pensador alemán como “digno de amor en su filosofía y en su persona”, y confesó públicamente que la imposibilidad de trabajar bajo su dirección su tesis doctoral —porque alguien obstaculizó la autorización la beca que necesitaba—, había sido uno de los grandes fracasos de su vida. Finalmente lo conoció personalmente años más tarde en la Universidad de Yale y tuvo lugar una amistad entrañable. Pero este escrito fue una excepción. Nicol no hablaba de sí mismo, ni para bien ni para mal.

Podemos nosotros establecer una conjetura como esta: cuando Nicol consideró que ya había dicho lo que filosóficamente tenía que decir, podría contar algunas cosas de su vida personal. El silencio premeditado le había permitido trabajar en

paz, y había protegido la obra suficientemente: las opiniones de Nicol nadie las conocía. Ni la política ni las anécdotas personales y las circunstancias locales, españolas o mexicanas, debían impedir que su trabajo se situara en el contexto al que pertenecía, el de la filosofía universal. Obligadamente el lector de Nicol tuvo que sustituir la biografía por la bibliografía, pues el filósofo había descubierto una relación indirectamente proporcional entre una y otra, una relación de más a menos: cuanto más serio es un trabajo filosófico, menos importa el autor y los datos que llenan el *curriculum*.

Puede suponerse que la tarea filosófica terminó propiamente cuando Nicol escribió las líneas finales de esa especie de suma nicoliana que es *La revolución en la filosofía (Crítica de la razón simbólica)*, de 1982). Entonces, sólo entonces, podía decir algunas cosas de su propia vida que en ese momento ya no podrían utilizarse para suplantar al trabajo filosófico —para “saber” de Nicol y poder hablar de él sin haber leído su obra—, y tampoco podían interpretarse como las confesiones de un filósofo que hubiera puesto la filosofía a su servicio. Por el contrario: la obra mostraba, por sí misma, que Nicol se había puesto al servicio de la filosofía, nada más.

Nicol rompió el silencio en 1982, cuando le concedió una entrevista al filósofo catalán Xavier Rubert de Ventós (“Eduardo Nicol, pensador catalán”). La conversación, en tono muy amable, tenía un destinatario bien fijado: el público de televisión en España —en México se pudo leer hasta 1988. Las preguntas no tenían nada de especial, y no necesitaban tenerlo, porque *las respuestas* era lo que se quería oír, aquí y allá. En esa ocasión Nicol no dijo todo lo que se esperaba escuchar de él, pero había comenzado a hablar, cuando menos para decir clara y abiertamente que había cosas de las que procuraba no hablar. Por ejemplo, se quería saber de la Guerra Civil Española, de su participación y otras cosas que tenían que ver con eso. Rubert de Ventós preguntó: “Entonces pasó al campo de concentración de Argelers?” Y Nicol respondió: “¡Ah, sí! Después de muchas vueltas que no es preciso recordar, fuimos a parar al campo de concentración de Argelers. Es una aventura que pasamos miles y miles de personas. En general, procuramos no hablar públicamente de ello, porque, a diferencia de lo que ocurre hoy, tratamos de retener las causas de la desdicha y prescindir de sus efectos. Hoy la gente se encuentra más interesada en lo que ocurrió en aquel momento lejano sin preocuparse de las causas. Nosotros hacemos lo contrario, pero tratamos de no hablar de ninguna de las dos. Las causas porque provocarían rencores, los efectos porque debe superarse con una actividad positiva”.

Dos homenajes le ofrecieron a Nicol la oportunidad de continuar la comunicación pública que había emprendido; primero, el del Orfeo Catalán de México, el 28 de marzo de 1984, y luego, el del Ateneo Español de México, realizado el 11 de enero de 1989. También hubo entrevistas, como la de Raúl Gómez Miguel (de *Revista de Revistas*), que se publicó el 9 de junio de 1989, casi exactamente 50 años de aquel 13 de junio de 1936 que había alcanzado el puerto de Veracruz el buque Sinaia fijando el comienzo de la nueva vida en México. En esta conversación Nicol expresó enérgicamente su desacuerdo con la palabra “transterrados”, inventada por José Gaos, el discípulo de Ortega. Por las preguntas que le plantearon, Nicol relató algunas anécdotas, y habló de su triple ignorancia (“Y desembarqué en Veracruz sin un amigo, sin un centavo en el bolsillo y sin saber qué me iba a pasar”...), y llegó al tema de su exilio: “Déjeme decirle: nosotros no

somos transterrados, esta es en sí una palabra inocente que un día se le ocurrió a un buen señor (que no voy a nombrar) y por alguna razón a los mexicanos les ha hecho gracia y han empezado unánimemente a llamarnos transterrados. Sin embargo, yo creo que es una forma infiel para designar a emigrados, que es la palabra noble y verídica. Lo de los transterrados no es que sea innoble, pero es falsa: porque transterradas son las plantas que pueden vivir en una tierra ajena a aquella donde por primera vez brotaron”. Para Nicol, los hombres no pueden ser transterrados, pues por amor la tierra y la lengua es irrenunciable: “He adoptado el español y otra tierra a los que sirvo con amor. Pero una cosa es amar lo ajeno y otra, muy distinta, considerarlo propio. La tierra y la lengua no se cambian”. En este caso, apareció a la luz un disentimiento entre Nicol y Gaos que ya no tenía los límites bien fijados de una discrepancia filosófica entre ambos, como la que en torno al *ethos* de la filosofía tuvo lugar en 1951, a raíz de la publicación de un libro de Nicol que culpaba directamente al historicismo y al existencialismo tanto de expresar la desesperanza como de promoverla, el primero por la pérdida de la verdad; el segundo —con su versión del ser—para—la—muerte— por la pérdida del sentido de la vida.

Nicol *siguió filosofando, sin desfallecer*, en sus propias situaciones vitales —bien que nadie puede tener otras—; unas en las que pudo ser más él, con mayor fuerza de carácter, otras en las que dependió más de lo que los demás hicieron, pensaron y dijeron, y entre unas y otras, como siempre, el juego caprichoso del azar. En los discursos y las entrevistas, en unos más y en otros menos, fueron apareciendo esas cosas de las que Nicol no había querido hablar para proteger su obra de la contaminación de la subjetividad, o porque no había sido urgido por su propia vida a exponerlas públicamente. Por ejemplo, Nicol tuvo que vivir y filosofar a pesar de los exilios. Él mencionó tres, pero había más. El primero consistió en perder la patria. Como no perdió la vida en la guerra civil española, en defensa de la República, tuvo que vivir en una tierra distinta de la tierra en que nació y se educó, con dos etapas distintas, la primera, la que abarca todo el período de la dictadura franquista, en la que sin embargo llegó a recibir invitaciones para volver a España, y la otra, la que incluyó el periodo de la España democrática, en la que paradójicamente nunca se le pidió el regreso. El segundo exilio consistió en perder la lengua propia: tener que hablar y escribir en otra lengua, soportar la frustración de ya no poder enseñar filosofía a los catalanes y en catalán. El tercero lo experimentó como un exilio intelectual o cultural, al perder —como muchos otros— el mundo filosófico europeo por hablar español, por escribir en castellano y publicar en México. El cuarto, que vivió como una exclusión del grupo de pensadores españoles y mexicanos que creyeron —y alguno todavía lo puede creer ahora— que el modelo orteguiano de filosofar era intocable e incuestionable. El quinto y último, que sufrió, por estar fuera de España, como la posibilidad perdida de participar en la política genuina como educador. Pero Nicol tenía que seguir vivo y tenía que filosofar, *sin desfallecer*. Pudo hacerlo por amor. Por amor a la filosofía, al castellano y a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Por el amor de su mujer y sus alumnos. Por su amor a Cataluña y a México. Por su amor a México y a Cataluña. Si las situaciones vitales de su existencia pudieron ser ambiguas porque era y no era español catalán, porque era y no era mexicano, nunca hubo ambigüedad en sus afectos y sus amores, siempre fue rotundamente fiel a lo que amó.



Por los actos de reconocimiento que comenzaron en 1977 Nicol supo que su amor por México y por los mexicanos era correspondido. Que su amor por España y Cataluña también fue correspondido. En un lado y otro del Atlántico se había notado que *siguió filosofando, sin desfallecer*. Aquí y allá puede verse que la verdad cuesta; que en ocasiones la factura puede incluir algunas adversidades, persecuciones y discriminaciones.

En una parte de su discurso de Bellaterra Nicol dijo que Platón, que era griego hasta las raíces, servía al mundo entero. Podemos imaginar que Nicol deseaba, secretamente, que se dijera lo mismo de él: que siendo catalán hasta las raíces, servía al mundo entero. A mexicanos y catalanes nos consta que sirvió a Cataluña y a México.

Recepción del artículo: 13 de noviembre de 2007

Aceptación 15 de diciembre de 2007